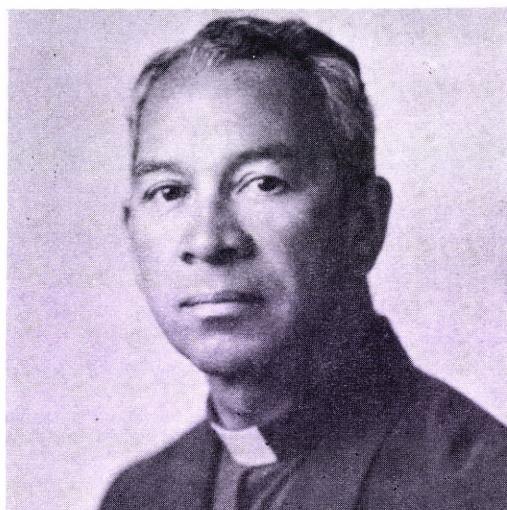


**INSPECTORIA SALESIANA DE  
SAN LUIS BELTRAN  
MEDELLIN - COLOMBIA**



**Rvdo. PADRE  
ILDEFONSO GIL QUINTERO  
Sacerdote Salesiano  
1917 - 1982**



“Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los cielos...”

Mt. 5,3.

“Estad siempre alegres. Orad sin interrupción...”

1 Tes, 5,16-17.

Estas dos expresiones del Evangelio nos dan luces para comenzar el recordatorio del PADRE ILDEFONSO GIL QUINTERO, salesiano auténtico que vivió la pobreza radical de Cristo, la alegría serena y fecunda de Don Bosco, e iluminó su camino religioso y sacerdotal con la oración sentida y profunda. Su recuerdo perdurará en el mundo salesiano por estos valores que encarnó durante su vida de entrega a la Iglesia en las filas de la Congregación que tanto amó y sirvió.

Había nacido el 20 de Enero de 1917 en la población boyacense de Covarachía, en un hogar campesino del que se ufanaba pertenecer con esa franqueza y espontaneidad de siempre, nunca cubierta de metáforas o eufemismos. De su tierra natal partió a Bogotá en el año de 1929 e ingresó al Oratorio Festivo denominado popularmente “Bavaría”, centro y alma de muchas vocaciones salesianas. Allí aprendió a conocer a Don Bosco y decidió seguir al Señor ingresando al Aspirantado de Mosquera y luego al Noviciado, donde se consagró a la Comunidad el 18 de Enero de 1935. Seguramente desde ese momento se comprometió a vivir intensamente los valores del Evangelio, la búsqueda de una vida pobre, y la disponibilidad de una obediencia que lo llevó a asumir grandes responsabilidades dentro de la comunidad.

También en la misma Mosquera, ligada entrañablemente a los salesianos en los comienzos de la congregación en Colombia, hizo sus estudios Filosóficos y la preparación al Tirocinio, el cual realizó en el Colegio León XIII para luego partir a los Estados Unidos y concluir sus estudios sacerdotales. Durante esta etapa de la Teología se distinguió por su consagración a los estudios en forma seria y responsable dejando la impresión de un hombre muy inteligente y piadoso. Regresa nuevamen-

te al país para recibir la ordenación sacerdotal de manos de Monseñor Luis Andrade Valderrama, el 16 de Enero de 1944. Era una fecha que el Padre Gil recordaba como “un día de interrogantes”, porque según contaba, luego de la ceremonia y los festejos, se retiró a su pieza y en medio de la soledad y el recogimiento se preguntaba por su futuro sacerdotal, los planes de Dios sobre su vida y se detenía a recorrer con la mente el camino avanzado.

Recién ordenado, vuelve al León XIII con su acostumbrado fervor y entusiasmo en el trabajo con los jóvenes. Esta primera experiencia como sacerdote en el campo apostólico marcó su corazón: recordaba la labor de equipo con salesianos preocupados en la práctica del Sistema Preventivo y su cargo de consejero estricto, pero comprensivo con los muchachos. Este fue el inicio de una carrera de servicios pastorales en la Comunidad a lo largo de muchas obras en Colombia. Un tiempo desempeñado en la enseñanza de matemáticas y literatura; dedicado a la labor de catequista o director espiritual, entregado a sus famosas clases de física, o dirigiendo la economía de las casas. Fueron doce años laborados en Mosquera, Tunja, y en el Seminario de Barranquilla, pero especialmente en Zapatoca, donde desempeñó la dirección del colegio durante cinco años, en un internado famoso por la presencia de jóvenes venidos de muchas partes del país.

De esta última experiencia, el Padre Gil nos habla en una significativa carta encontrada en sus papeles personales después de muerto y fechada en Medellín, Noviembre 16 de 1969. Comienza así: “Iba a romper estas cartas escritas desde Zapatoca el año 63 a su antiguo director y por entonces, maestro de Novicios en San Carlos. Las volví a leer; apenas me acuerdo de aquellos muchachos. Grandes y medianos entonces, casi todos. Les dí clase, los aconsejé mucho, los quise a todos, sin camarillas, con mucho, pero mucho cariño. Pienso a veces que me excedí en mi cariño; pero me absuelvo pensando que me hice el propósito de no posponer, de no olvidar ni despreciar a ninguno. A todos los quise. Esto me costó mucho, porque no todos le caen a uno bien. Fuí terriblemente justo con ellos; equitativamente amable, a pesar de que en ocasiones se me iba, contra mis propósitos, la lengua con alguna indirecta, o sátira con algunos, los más descolos. De algunos que me quisieron demasiado tenía que huir, sin que tampoco notaran mis huídas y precauciones. Severo, justo, estricto en clase, de allí salieron muchísimos orientados a carreras técnicas. Amé, amé entrañablemente, casi peligrosamente, y los amé a todos...”.

Su tarea de formador, guía y maestro espiritual de los salesianos comienza en 1963. La inspectoría de Bogotá lo nombra Maestro de no-

vicios. Fue una experiencia corta, a la que apenas comenzaba a adaptarse, debido a su nombramiento como Inspector de la Provincia de Medellín, que lo acogía como su segundo superior. Una misión de seis años, ardua pero generosa, responsable, sacrificada. Era un ambiente desconocido para él puesto que en la unión existente anteriormente con la Provincia de Bogotá no había trabajado en ninguna de sus casas, excepto un año en Barranquilla. Y llegó, como era, sin fingimientos ni propósitos diplomáticos. Venía a nombre de Cristo y de Don Bosco a realizar una labor que a la postre fue fecunda, sobre todo en la Pastoral vocacional en la que desarrolló un apostolado incansable.

El mismo exploraba en los cursos superiores de los colegios a los jóvenes vocacionales: los animaba, los seguía en sus repetidas visitas, les escribía con frecuencia. Muchos salesianos en nuestra Inspectoría son fruto de este trabajo perseverante y entusiasta de un padre Gil que no sólo se preocupaba de los salesianos, sino que entraba al mundo del joven mediante el diálogo personal y hasta con la predicación de los retiros espirituales. Lamentablemente de la misma manera que luchó por aumentar el número de los hijos de Don Bosco, así también vió partir a muchos salesianos, sobre todo en formación. Le tocó en su período de Inspector la crisis universal de la Iglesia de los años finales de la década del sesenta, tan amargos y difíciles en la pastoral vocacional. Le dolía profundamente la partida de un salesiano. Una vez pasaron varios Filósofos en Rionegro a comunicarle su retiro y fue tanta su confusión que con lágrimas en los ojos cogió su pequeño maletín y su tupida ruana que siempre llevaba a los climas fríos y con precepitud abandonó, antes de lo previsto, la casa de Formación.

Su segundo esfuerzo como Inspector fue su exigencia a los salesianos de una vida religiosa fiel y honesta. Nunca comulgó con la mediocridad y le costaba tolerar una salesianidad floja y a medias. Lo que él vivía a profundidad lo quería para los demás; insistía en la presencia y el trabajo asiduo con los jóvenes, la templanza y la vida de oración esforzada pero sincera. Deseaba a los salesianos fructíferos en proyectos y acciones, obreros del Reino de Dios y contemplativos en la acción.

Como superior sufrió mucho por su franqueza. No temblaba para decir las cosas con claridad; le costaba guardarse para sí lo que pensaba de los demás, sobre todo cuando tenía que corregir o amonestar. En la carta a la que hacíamos alusión, él lo reconoce al afirmar: "Dios no me dió ni buena presencia, ni capacidad de sostener una conversación, ni voz, ni palabras iluminadas: me quedé con un poco de aspereza, con cierta ironía en las palabras que me ha hecho sufrir y trabajar al mis-

mo tiempo . . .". Ciertamente perdió amigos porque les exigió lealtad no a su persona, sino a Don Bosco y al Evangelio.

Al finalizar su período de Inspector, pasa a Caracas, en el año de 1970, como encargado del Segundo Noviciado para salesianos latinoamericanos. Fue una experiencia única para la congregación a nivel mundial y dará origen más tarde a los cursos de Formación permanente en Roma. No fue una obra fácil. Su programa de vida religiosa, salesianidad y actualización teológica desarrollada con la ayuda de un equipo de salesianos escogidos, pidió el armarse de mucha fe y paciencia para terminar un año que contó con muchísimas dificultades en un grupo de sacerdotes muy variado en edad y nacionalidad. Igual tarea, comprometedora y llena de novedades, le tocó asumir cuando al año siguiente lo nombraron nuevamente Inspector en el Ecuador, cargo que ocupó durante tres años con sede en Quito.

En el año de 1973, comienza -era su parecer- la experiencia que más lo realizó como sacerdote y salesiano, la de maestro de novicios en Llanogrande, Antioquia, donde dió sus grandes aportes de hombre de Dios.

Allí fue ejemplo viviente para los novicios venidos de México, Perú, Ecuador, Bolivia, Centro América y del mismo Colombia. Fue una labor de ocho años donde se consagró con toda su alma a dirigir, encauzar, e iluminar con sus enseñanzas a unos jóvenes que se encontraban con una figura sencilla, pobre, contemplativa y contagiosa, pero que exigía lo máximo, los impregnaba de Evangelio y los comprometía en una decisión firme y valiente en el amor y cumplimiento de las Constituciones salesianas.

La dedicación a los novicios lo absorbía por entero. Amó muchísimo esta difícil responsabilidad y por eso le fue duro y deprimente el tener que dejar el cargo. Fue una obediencia que seguramente lo afectó mucho, como en el pasado le costó los nombramientos de Inspector para las provincias de San Luis Beltrán (Medellín) y Sagrado Corazón (Quito). Pero el padre Gil era hombre de obediencia, de oración y humildad, y asumió el cambio. De su misión quedan sus novicios que recuerdan al Maestro que les impartió su palabra rica y penetrante, llena de unción, de convicción y de verdad. El salesiano y sacerdote que los sostuvo, los formó, los plasmó espiritualmente. El maestro de la ciencia humana y de la sabiduría de Dios; el padre y el amigo. El eterno hombre de ora-

ción a la que se entregaba cotidianamente por encima de cualquier programa o actividad.

No dudamos en decir que el Padre Gil fue un salesiano de profunda humildad y sencillez admirable. Lo hemos afirmado varias veces en esta carta mortuaria. Le estorbaba y sufría cuando se le rendía algún homenaje o reconocimiento a su trabajo. A veces los aceptaba del personal en formación para educarlos en el agradecimiento a los mayores y superiores. El rasgo de la sencillez era muy suyo, acompañado siempre de una austерidad grande. Vestía con sus ropas viejas pero impecablemente limpias. Cuando dejó la pieza que tenía en el Noviciado, poca cosa sacó de ella, porque apenas tenía lo necesario de uso personal. Todas estas actitudes correspondían a esa pobreza y a ese espíritu de trabajo que no conoció la pausa ni la fatiga.

Los que compartimos su amistad y llegamos a tratarlo suficientemente, podemos confesar sin atenuantes que era un hombre profundamente afectivo y de grandes sentimientos; poseía gran sentido de la amistad, consolidada a partir de valores humanos y espirituales afirmados en la sinceridad, plenitud de toda relación humana. Su apego cariñoso a salesianos amigos lo llevaban a manifestar incomodidad y dolor cuando éstos abandonaban las filas salesianas y muchas veces llegaba a romper con ellos la amistad porque identificaba sus decisiones como falta de valentía y generosidad con Dios.

Difícil nos queda imaginar a un padre Gil inmóvil y silencioso en un ataúd, y por eso conservamos viva su figura cotidiana de los últimos años de existencia: jugando alegremente con sus novicios; de rodillas por largos ratos frente al sagrario en comunicación con ese Jesús del que tanto hablaba a sus formados; celebrando con unción y contagiosa piedad la Eucaristía, o también, dando sus famosas conferencias donde puntualizaba con insistencia el ser buenos salesianos o mejor no comprometerse con Don Bosco. Todo esto era lo que valoraban los inspectores de las naciones que enviaban los novicios a Rionegro, donde no contaba el moderno edificio del Noviciado, ni el agradable clima propicio para la reflexión y el estudio, sino la realidad de un maestro auténtico en la fe, profeta de la pobreza y un ejemplo transparente de salesianidad.

Antes de morir, ese 12 de marzo de 1982, había jugado como era su costumbre con un grupo de novicios su deporte favorito, el baloncesto, y luego se retiró a la pieza que conservaba en el Noviciado, donde perma-

necía ordenando unos apuntes antes de viajar a Roma a un curso de espiritualidad. Sorprendidos los salesianos por no haberlo visto en las vísperas, ni bajar al comedor, enviaron a un novicio que subiera a sus habitaciones, quien lo encontró tendido en el suelo, víctima de un fulminante infarto.

Había tenido una salud excelente; no experimentó durante su vida una operación, ni enfermedades de cuidado, desconocía los tratamientos médicos, pero caía en medio de su fortaleza silencioso y sin incomodar a nadie. Partió cuando lo esperaban en el Perú, luego de su viaje a Europa, como maestro de novicios.

No podemos terminar esta relación sin hacer referencias de su notoria afición por las letras. Incursionó en la lírica con un libro de poemas titulado "Mástiles de Luz", de temas sencillos cargados de hondos sentimientos que llevan mensajes radiantes de la vida y exaltación de los valores espirituales del hombre. Escribió igualmente la biografía de un joven virtuoso, estudiante del Colegio León XIII, muerto en edad temprana, titulado "Sangre Joven". Hay que citar también sus famosos apuntes personales de Física, la que enseñó con tanta dedicación y cultivaba, pese a no enseñarla, en los tiempos libres. Vale citar sus palabras contenidas en la carta a la que antes hacíamos referencia: "Dios me dió capacidad de amar a los jóvenes, gusto por las clases, aquellas de las cuales dicen ahora que <sup>ne</sup>son sacerdotiales: álgebra, geometría, trigonometría, cálculo y física, mucha física (la dí 25 años seguidos). Tuve nombre de buen maestro y apoyado en mi prestigio enseñé catecismo en todos los cursos con mucho éxito; de las clases de religión salía la confianza, el amor y el deseo de transformación de los muchachos.... Qué quedará en el mundo cuando se siembra amor...?".

En cuanto a libros de espiritualidad, dejó dos obras de orientación salesiana y de gran profundidad sobre la teología de la vida religiosa bajo los títulos de "Peregrinos de la Cruz" y "Antenas de la Luz", obras que conservan con cariño los novicios por él formados.

Ciertamente sentimos el vacío de este salesiano fuera de serie. Sólo nos queda orar para que el Señor lo tenga gozando de su presencia amo-

rosa, en compañía de esa Virgen Auxiliadora que tanto amó y mostró a muchos rostros juveniles y salesianos, durante su fecundo apostolado, tejido de historia auténtica salesiana. Su vida se convirtió en signo, a veces de contradicción, precisamente porque actuaba sin acomodos a los hombres y con la mirada y el corazón fijos en el Evangelio, que fue su máxima y fundamental norma de existencia.

Concluimos con un deseo suyo expresado en su edificante misiva: "Si algún día alguien me recuerda, y encuentra estos documentos (se refería a varias cartas escritas por sus alumnos) que sepa y que lo diga alto, que sólo con un amor maternal, de todos los momentos, con todos los sacrificios, equilibrado, sin preferencias sino es por los más necesitados que son tantos, a todos grandes y pequeños, en vista del bien sobrenatural, intelectual y terreno, se puede hacer mucho bien...".

Dios quiera que la vida del Padre Ildefonso Gil sea para todos aquellos que lo recordamos y admiramos profundamente, un testimonio, una lección y una prueba de lo que es ser buen religioso, auténtico salesiano y un santo sacerdote. Que brille para él la Luz eterna de Cristo Resucitado.

**P. Vidal Niebles Ordóñez.**

Tuluá, Valle del Cauca, Julio 24 de 1982.

---

#### **DATOS PARA EL NECROLOGIO**

Sacerdote Ildefonso Gil Quintero. Nació en Covarachía (Boyacá) el 20 de Enero de 1917. Murió en Rionegro (Antioquia) el 12 de marzo de 1982, a los 65 años de edad, 47 de profesión religiosa y 38 de sacerdocio. Fue por 6 años Inspector de Medellín y por 3 de Quito.

---



**Impreso: Instituto Industrial San Juan Bosco  
Cali - Colombia**